



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9797

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 2 DE JULIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil tobo.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE OLÓZAGA N.
(Paseo de Recoletos.)
Subdirectores: SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.
Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. 42.889.747
TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, muebles utilísimos y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS.

LA ESCUELA DE LA HERMOSURA

En Nueva York se ha creado hace poco un Liceo de belleza. Quien

conozca lo que hoy es ya verdadero patrimonio de la mujer norteamericana, se explicará sin dificultad alguna, que la belleza llegue en el Nuevo Mundo á convertirse en una institución. Después de todo, sólo se trata en realidad de una reacción hacia las tradiciones de las antiguas sociedades aristocráticas, en las que se cultivaba con un cuidado tan exquisito el arte del adorno, y en las que el encanto de la hermosura obtenía iguales honores que las galas del ingenio.

Desde fines del siglo pasado la educación de la mujer ha venido sufriendo una transformación profunda, y desde hace unos veinte años próximamente sus programas se han modificado en su parte esencial, formada hoy por elementos de todas las ciencias matemáticas, físicas y filosóficas.

Y, sin embargo, no hay que poner en olvido que el verdadero ideal de la mujer consiste en ser buena. El arte de agradar es también una ciencia: tiene sus princi-

pios y sus leyes, que no excluyen ciertamente los de la moral.

«Tenía diez y seis años, dice Madame de Genlis, cuando me pusieron un maestro para que me enseñara lo que yo creía saber ya perfectamente: para que me enseñara á andar. Y, al efecto, encerraron mi cuerpo en otro de ballenas, que me oprimía, zapatos estrechos y un collar de hierro para mantener la cabeza derecha y conseguir que desapareciera mi horrible aspecto de provinciana.»

La aplicación de tales medios constituye, sin duda, una enorme exageración; pero, ¿es que no había, en la manera de andar de las señoras más distinguidas de aquel tiempo, una especie de dignidad aérea que les sentaba á las mil maravillas, y que nuestras contemporáneas desdeñan, por lo menos al parecer? Andar bien y hacer, como era debido, las tres reverencias de ordenanza exigía una gran parte del tiempo consagrado á la educación de cualquiera joven bien nacida. Hasta fines del siglo XVIII, toda recién casada debía bailar, en la fiesta con que se celebraba su boda, el minué de la Reina. Aquella era la prueba suprema para su entrada en el mundo; la que debía clasificarla entre las mujeres elegantes ó entre las que no lo eran.

Apenas había cumplido diez años María Antonieta, y ya bailaba en Schönbrunn con los Archiduques, en presencia de su augusta madre. La Emperatriz María Teresa ya soñaba con ver sentada á su hija en el Trono de Francia, y cuidaba, con una atención especialísima, de todo cuanto pudiera contribuir al desarrollo de sus naturales encantos. Quizá entonces aprendió la futura Soberana aquella manera de andar única, y aquel modo regio con que llevaba la gentil cabeza sobre el cuello griego, que la distinguían desde el primer instante entre todas las damas de su Corte.

«Si no fuera yo la Reina, pare-

cería una mujer insolente, ¿no es verdad? —respondía sonriendo María Antonieta á las observaciones que hacía Lebrun sobre la armonía y la majestad de sus actitudes, que conservó aun en el mismo cadalso. Nada de esto, sin embargo, era obstáculo para que la egregia esposa de Luis XVI prefiriera un traje modesto, más suntuoso vestido de baile; los quesos de crema de la granja de Trianon, á los platos suculentos que figuraban en los banquetes de Versalles, y las obras benéficas, la educación de sus hijas y los íntimos goces de la amistad, á las fiestas más suntuosas de su Corte.

La sonrisa especialmente era objeto de verdaderos estudios. Reirse á mandíbula batiente constituía una vulgaridad espantosa, y que estaba desterrada en absoluto de los salones.

Aquella picaresca sonrisa que caracterizó á las damas que descolaron en la edad de oro de la elegancia francesa, y que inmortalizaron con sus pinceles Nentier, Watteau, Latour y Fragonard, era el resultado de un laborioso aprendizaje.

No menos preocupaba á aquellas nobilísimas señoras la conservación de la tez con toda su juvenil frescura. Para conseguir este objeto, no sólo se aplicaban numerosas recetas científicas, sino que se usaba á menudo el antifaz para cubrir el rostro de la mujer, si ésta había de permanecer un buen rato al aire libre. Cuéntalo é hizo así Mad. de Maintenon, á quien los graves asuntos de Estado en que ocupó su inteligencia jamás le hicieron abandonar el cuidado de su belleza.

Mlle. de Aumale, que cerró sus ojos, dice que conservó hasta su último instante la tersura de su preciosa tez. Y tampoco ha faltado quien asegure que Mad. de Maintenon poseía el secreto de conservarse hermosa hasta su muerte por habérselo enseñado su amiga la célebre Ninon de Lenclos.

¿Qué más? Refiero la historia que la Reina Enriqueta de Inglaterra puso tal cuidado en el talle y en la belleza de su hija, la encantadora duquesa de Orleans, que hasta que murió esta Princesa nadie supo que era jorobada.

Más aún que en la perfección de los rasgos, ¿no reside el encanto de la mujer en la expresión amable de su fisonomía, en la gracia de su sonrisa, en la armonía de la voz y del gesto, y en la esbeltez, la elegancia y la distinción de su figura? ¿No tiene, pues, importancia suma el arte de agradar? Verdad es que una mujer bonita y joven triunfa solamente con los atractivos de su natural, pero, ¿cuanto dura el poder de sus hechizos?

Los mismos padres de la Iglesia han exhortado á las mujeres para que no desdeñen el cuidado de su persona si han de agradar, como deben, á sus maridos. San Francisco de Sales, en sus instrucciones á las mujeres cristianas, les da consejos deliciosos para que conviertan sus virtudes en poderosos atractivos, y en constantes alicientes sus más nobles y sus más puros encantos.

¿Quién duda, pues, que merece aplauso la creación del flamante Liceo neoyorkino?

Tampoco holgaría en España, aunque la hermosura sea en nuestro suelo flor tan abundante, una cátedra de belleza.

Ahora bien: ¿quién la explicaría?
Mlle. de AUMALE.

TIJERETAZOS

En el dinero que nos han entregado ya los moros; que suma el millón menos un pico de duros, se han encontrado ya varias monedas falsas.

¿Nada más?

Pues hay que darse por satisfechos porque no eran falsas todas.

Dicen de Lisboa que han sido presos

EL I AUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 135

gatas de las torres, había respondido también á su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el valiente Reduan Venegas, se había lanzado al campo con sus ginetes.

Temíase una algarada de los enemigos, y el alcaide avanzó, ansioso de ginear con los cristianos, hasta llegar á la vista del real de Santa Fé.

Pero á pesar de los disparos de la artillería de la Alhambra y de las llamaradas de las torres de atalaya, el real estaba silencioso y solo se veían al lejos los destellos de las armas de los escuchas apostados en los muros.

El cristiano esperaba encerrado en su campo, como el tigre en su cubil, y Reduan se tornó, pero á poca distancia de Granada, cuando el alba empezaba á esclarecer el horizonte, he aquí que los campeadores del alcaide distinguieron un hombre cubierto con un balandrán negro, caminando apoyado en un bastón, delante de un palafren que conducía á una dama enlutada.

Ansiosos de una presa los alfaraces aguijaron sus caballos y con sus lanzas bajas encerraron en una doble fila al hombre y á la mujer.

—¡Aíto! les gritó Reduan Venegas.

El hombre se detuvo y la dama refrenó su palafren.

—¿Quién sois?

138 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

de cedro, velando en un suave vapor las labores persas y los alicatados que enriquecían los muros.

Voluptuoso, impregnado de indolencia, y de languidez, parecía velar allí el espíritu de los amores orientales; los transparentes estaban inundados de una luz diáfana, purísima, naciente, halagadora como debió serlo la primera sonrisa de amor de la primera mujer.

Y sin embargo, la que velaba y parecía haber velado toda la noche en el ángulo de aquel diván, se mostraba ajena á aquella naturaleza virgen y perfumada, que despertaba sonriendo, que la enviaba el suave reflejo de su ardiente sol, que la hacía aspirar sus silvestres aromas entre las alas de sus brisas, y la daba el murmullo de sus aguas, y el canto de sus aves; aquella mujer tímida, silenciosa, escueta, altiva, parecía haber vuelta la mirada de sus ojos fijos al fondo de su alma.

Y había sufrimiento en aquella frente surcada ya por imperceptibles arrugas, en aquellos ojos orlados de larguísima pestañas y coronados por arcos y fruncidas cejas, en aquella boca entreabierta y desdénosa de labios delgados y descoloridos que dejaban entrever una dentadura de perlas tenazmente cerrada; pero era un sufrimiento que inspiraba respeto y compasión, un sufrimiento lleno de magestad, imponente en su dolor.

VIII.

Al día siguiente en las plazas y en los sitios más concurridos de Granada, no se hablaba de otra cosa que de la alarma de la noche. Pero la verdadera causa se ignoraba, y solo se sabía por el vulgo que al amanecer había entrado por Bib-Ataubin, rodeado de lanzas, un astrólogo africano conduciendo del diestro un palafren en que cabalgaba una mujer vestida á la castellana y cubierta con un tapido velo.

Y era verdad; á la voz de alarma lanzada por Muza y repetida por los atalayas, los atabales y las fo-